



Lanzaderas fenicias

La muerte en el Mediterráneo no cesa. Los inmigrantes persisten en cruzar esa frontera y el cementerio de sal acoge cadáveres hasta completar un aforo que no tiene tope. Que no toca fondo. El mar es grande, tanto quizá como la desesperación que lleva a estos desterrados a jugarse la vida sin saber muy bien cuando, donde y cómo encontrarán otra, que suponen mejor. No hay seguridades. Mera intuición. De lo que sí están seguros es de que no quieren la vida que dejan atrás. Encadenan su destino a un anhelo con tan escasas agarraderas como las de los esquifes en los que se echan a la

mar. O, más bien, desde los que, tantas veces, los echan por la borda. Las noticias sobre tragedias por el tráfico de personas vienen en oleadas, como mareas vivas que arrojan a nuestras costas inmigrantes desvalidos, y muertos. Cadáveres las más de las veces sin nombre. Sin una historia que contar. Como los que se quedaron en la estela como desagüe de sentina. Arrojados como fardos defectuosos. Pero nunca esa expresión, tratar a los inmigrantes como fardos, había sido tan real como ahora. Ni tan equívoca.

En las últimas semanas las *narcolanchas* alijan a los inmigrantes como si fueran fardos de droga. Los lanzan por la borda antes de llegar a la Costa, temerosos los traficantes de que las patrulleras los atrapen. A ellos, que aseguran a toda costa su huida. A los "hombre al agua", que les den. Ha sucedido en la franja costera entre Tarifa y San Fernando, donde han muerto ahogadas seis personas. Varias porque no sabían nadar, y una por las heridas sufridas antes y durante la travesía. Tres, hipotérmicos en el hospital. A la maldad intrínseca de este tráfico de seres humanos ahora se le añade más violencia y ensañamiento. Pago, palo y *tenteileso*, si es que puedes. La operación tiene que ser rápida y los bultos, los inmigrantes, tienen que saltar al agua sí o sí. Y apañárselas como puedan. Si se resisten,

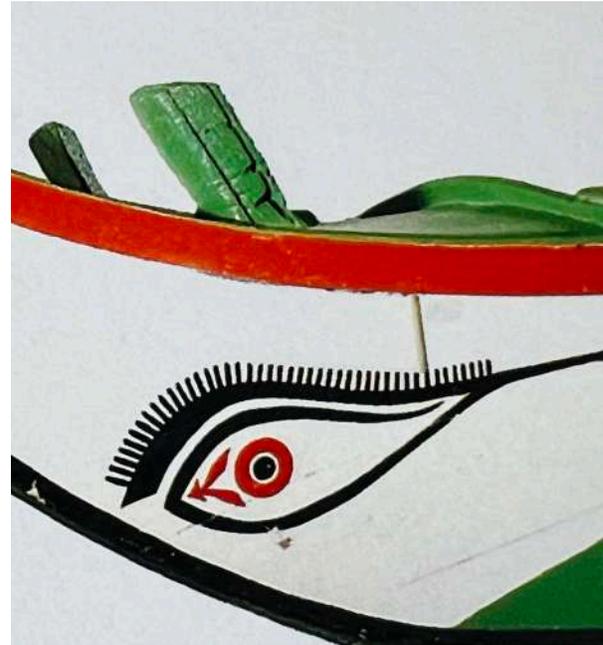


los golpean y los tiran como lastre para darse a la fuga, que viene la pasma y las patrulleras son rápidas. Pero no tanto como para atrapar a los piratas que aproan en los bólicos del agua rápido para Marruecos. Poco estrecho es el Estrecho para estas singladuras de sangre. Da igual que haya temporal. No hay conmiseración. Ellos siempre flotan en sus neumáticas y los pasajeros (un decir), en el agua. Algunos muertos.

Pero habrá que reconocer que con esto no contábamos. Nadie pensó que los narcos cayeran en la cuenta de que sus lanchas semi rígidas, sus pateras-taxis, o sus *volaoras* rinden más pasta con estos viajes express que con el hachís. A Canarias llegan –ayer mismo 300 rescatados– andanadas de cayucos con proas de cocodrilo que colapsan los servicios de acogida. Los cayucos son coloridas canoas, casi festivas, hechas de troncos de árboles a los que se le quita la tripa para embutir otra: las entrañas de gente desesperada que se embarca en las costas de Senegal o Mauritania. De Libia, todo tipo de embarcaciones tratan de llegar a Lampedusa; y desde Siria, hasta buques herrumbrosos con cientos de infelices, gran parte fugitivos de la guerra, enfilan hacia Turquía o hacia las islas griegas. Desde Marruecos estábamos acostumbrados a que nos hablaran de pateras. Nunca de *narcolanchas*. Y nunca de que el pasaje pudiera costar hasta 10.000 euros, que se dice pronto.

Los nuevos modos, las nuevas tarifas del pasaporte a la geografía prometida, sorprenden. El ingenio, la ambición de los traficantes, no tiene límites. Asusta. La magnitud de su negocio, perturba.

Los sumerios y luego los fenicios pintaban dos ojos en la proa de su embarcaciones no tanto para que la nave avizorara la ruta como para protegerles y ahuyentar a los monstruos marinos y a los piratas agazapados afuera, en la bruma de un mar desconocido. Ahora los monstruos y piratas van dentro, gobernando la barca y en vez de pintar dos ojos en la proa montan dos fueraborda a popa. Ahora, en vez de llenar el barco de tinajas de aceite, vino y grano, lo embuten de fardos humanos hambrientos, sedientos y desesperados que tiran por la borda. Ahora se ahogan igual pero encuentran más veloces una tumba sin mortaja. Ahora los muertos parecen más esquilados pero son igual de muertos.



Rel's Ray
Omar Sosa y Seckou Keita